

liberales en ocasion que tan propicia les presentaba la fortuna. El baron de Meer que se hallaba aperebido del intento de los carlistas de penetrar en el territorio de su mando, si bien es de tener en cuenta que no contaba con fuerzas suficientes para impedir al enemigo el paso del Cinca, pudo al menos inutilizar ó retirar las barcas, cortar los puentes y vigilar los vados.

No lo hizo, y mayor fué todavía la falta en que incurrió el brigadier Grases, comandante general de la provincia de Huesca, que habiendo recibido órdenes terminantes de Oraá para destruir las barcas de Estadilla, no les dió cumplimiento, dejándolas disponibles para el enemigo que se aprovechó de ellas para trasladarse á la orilla izquierda. Tambien cupo responsabilidad á Oraá por haberse detenido en Berbegal en vez de haber seguido la retirada de don Carlos, cuya retaguardia pudo picar y aun dificultar á la expedicion el paso del rio; y tan evidente es que estuvo en la mano de Oraá haber embarazado grandemente á los expedicionarios, que todavia llegó á tiempo Buerens para hostilizar el embarque del 4.º batallon de Castilla que no habia aun pasado el rio, la mitad de cuya fuerza quedó prisionera, habiendo perecido la otra mitad ahogada por haber preferido arrojarse al rio por no caer en manos de Buerens.

Las faltas imputables á los jefes liberales eran tanto mayores cuanto del ministerio de la Guerra partieron con oportunidad anticipadas instrucciones que encarecian la importancia de operar sobre la línea del Cinca en la que seria posible dar fin de la expedicion.

Al salir el Pretendiente de Estella observamos que el personal civil y eclesiástico que lo acompañaba daba indicios de que la parte militar y estratégica de la operacion preocupaba menos á sus instigadores que las ilusiones que alimentaban respecto á que los pueblos se levantarian en masa, en cuya prevision se queria llevar un plantel de empleados que tomasen en mano el gobierno de las provincias que se fuesen ganando.

Desde los primeros dias de marcha fué visible en el cuartel real que el influjo de los cortesanos y *ojalateros* superó al de los caudillos militares.

Hízose palpable la disidencia con motivo de haber don Carlos descartado el parecer de su jefe de E. M. Gonzalez Moreno, quien despues de la accion de Huesca propuso que se tomase la direccion de Aragon para reunirse á Cabrera á fin de que reforzada la expedicion con los batallones y escuadrones que este pudiese reunir, se abriese paso á Castilla. Pero la camarilla eclesiástica fué de distinto parecer. Insistió esta en la idea de ir primero á Cataluña, deseosa de no acercarse á Madrid sino llevando resuelta la cuestion política por medio de las adhesiones que del fanatismo provincial llevase recogidas en favor de una restauracion tallada sobre el patron de la preparada por Elío en 1814, y por don Víctor Saez en 1823.

El E. M. de don Carlos veia pues sus planes contrareastados por los de los cortesanos. Gonzalez Moreno opinó despues de la accion de Barbastro como ya habia opinado en Huesca, que la expedicion debia dirigirse al Maestrazgo buscando el apoyo de la plaza de Morella y acabando de organizar las fuerzas que debian marchar sobre Madrid. Pero la camarilla y señaladamente los canónigos Saenz y Echevarría, Fr. Domingo y Arias Tejeiro persistian en la ida á Cataluña donde tenian clientela á su devocion, y el influjo de estos cortesanos venció el del jefe de E. M. y el del auditor del cuartel general Ariaga, consultado en apoyo de la opinion de Gonzalez Moreno, sin que sin embargo bastase la claridad y entereza con que el E. M. habló á don Carlos para apartar á este príncipe de seguir los consejos de su camarilla.

Decidióse en su consecuencia la marcha á Cataluña, y conocido que fué ser este el destino de la expedicion, Oraá que en aquellos dias habia conferenciado con el baron de Meer, entregó á este el mando de las fuerzas á cuyo frente habia operado, dirigiéndose á Zaragoza para reasumir el ejercicio de su autoridad de capitán general y en jefe del ejército del centro.

El 6 de junio hizo don Carlos su primera etapa en tierra de Cataluña, pero las comarcas de Estaña, Rivagorzana y Arber-

da por donde penetró eran tan miserables que no pudieron suministrar raciones y hasta la comitiva régia halló dificultad en procurarse alimentos. El 8 se detuvo el cuartel general en Tartareu para dar descanso á las tropas, sin que en punto á subsistencias hubiese mejorado la situacion, pues hasta el mismo don Carlos hubiera carecido de pan, á no haber sido él y sus mas íntimos, partícipes de unos panecillos negros y de mal sabor preparados para una boda.

En los siguientes dias continuó la misma escasez de víveres, lo que llevaba muy disgustada á la tropa y mohinos á los magnates que seguian la corte y que ni aun por dinero hallaban víveres, fenómeno que se explica por la circunstancia de que los habitantes del país ocultaban las provisiones, por ser tan grande la desproporcion entre las necesidades alimenticias normales en aquellos míseros pueblos y la demanda ocasionada por la inesperada inmigracion de los expedicionarios.

Del 5 al 11 de junio habíanse reunido á estos varias partidas catalanas, cuyo estado de organizacion y disciplina no realizaba las esperanzas que habian hecho concebir los promovedores de la entrada en Cataluña. La falta de víveres dió lugar á actos de pillaje, pues desde la salida de Barbastro habia cesado la distribucion diaria de raciones, siendo general el disgusto contra la marcha que llevaba la expedicion. El día 11 se hallaban bastante cercanas unas de otras las fuerzas expedicionarias reforzadas por varias partidas catalanas y las tropas que á su encuentro conducia el baron de Meer. Don Carlos habia pasado el rio Segre y bajado al pueblo de Grá, y en el mismo día y dando frente á las posiciones escogidas por el Pretendiente, llegaba á Agramunt el capitán general de Cataluña.

Presentaba en línea el infante don Sebastian, que continuaba revestido del cargo de generalísimo, catorce mil infantes y ochocientos caballos. El baron solo reunia once mil quinientos hombres de todas armas. Las posiciones ocupadas por el último se apoyaban en alturas defendibles en caso de retirada, y á su espalda poseia varios puntos fortificados con almacenes y repuestos. El terreno escogido por el enemigo era llano y ofrecia campo para la persecucion si llegaba á ser vencido. Un arroyo de agua corriente separaba los dos campos.

Convenia á los carlistas atraer á los liberales á la llanura, y al intento maniobró por órden de Gonzalez Moreno la division castellana apoyada por batallones del Ros de Eroles; pero el baron, soldado de tanta sangre fria como resolucion, no se prestó á la provocacion. Impaciente el enemigo por la calculada inaccion de Meer, atacó con vigor á los cazadores de Oporto, y comenzaba á desordenarlos cuando una carga del coronel de lanceros de la Guardia, don Juan Zavala, acabó de ensangrentar la jornada ya seriamente empeñada. Hizola mas tenaz y mas reñida el avance de la division castellana con el valiente general Sanz á su cabeza, cuyas cargas supo resistir sin ceder terreno la infantería del baron. Despues de horas de pelea y de derramarse sangre en abundancia, hallábanse extenuados de fatiga los batallones castellanos, momento crítico que aprovechó el baron para darles una carga á fondo. El *magister equitum*, el bizarro y malogrado Diego Leon, arrolla á los carlistas, hace dueños á los liberales de las posiciones de Morana y San Martin, ocupadas por la línea carlista, compeliendo á estos á una retirada que hubiera degenerado en desastrosa derrota sin la serenidad y bravura con que los jefes carlistas contuvieron el pánico que sobrecogió á sus soldados, y si menos cautó el baron hubiera consentido en que su victoriosa caballería, continuando la persecucion, hubiese hecho prisionero un buen número de batallones. Impacientes don Diego Leon y don Juan Zavala de seguir la pista del enemigo, tuvieron que ceder y detenerse á las reiteradas órdenes del baron para no continuar la persecucion.

Se han criticado estas disposiciones de Meer, en cuya defensa cabe alegar que si mucho pudo esperarse de la bizarría de los jefes de nuestra caballería, no hay que olvidar que la de don Carlos, casi igual en fuerzas, se hallaba intacta, y que las jornadas de Huesca y Barbastro habian dado la medida de la solidez de la infantería enemiga. Empeñar una segunda batalla, ganada como lo habia sido la primera, era tentar la

fortuna, que no venia siendo muy propicia á las armas de la Reina, cuyas bajas en aquel día, no insignificantes por cierto, habian dejado cien cadáveres tendidos en el campo, y hecho retirar quinientos heridos. Dos brillantes jefes, los brigadieres Clemente y Doddgins, el último de los cazadores de Oporto, sellaron con el sacrificio de su vida la notoriedad de sus prendas militares.

Mas si juzgamos defendible en el baron no haber lanzado su caballería en el momento decisivo, contenido como probablemente lo estuvo por el recuerdo de que pocos dias antes la firmeza de la infantería carlista tuvo comprometida esta misma brillante caballería cuyas cargas resistió, no disculpáremos del mismo modo al baron de la falta que sin duda cometió en no haber seguido la pista de los expedicionarios, una vez que se hubiese desembarazado de sus heridos, y ocasion era tambien de haber llamado á Oraá á que cooperase con alguna fuerza y tratado de consumir la ruina de los carlistas, que caminaban rendidos de fatiga, faltos de subsistencias y embarazadísimos con una muy larga impedimenta.

Despues de haber descuidado de esta suerte utilizar las consecuencias de una jornada gloriosa, el baron se encaminó lentamente á Tárrega y á Cervera, dejando á los carlistas en libertad de dirigirse donde mejor les conviniese, como lo hicieron encaminándose á Castellfolit y Solsona, en cuyo último punto hizo su entrada don Carlos el 2 de junio.

Continuó siendo penosa la marcha de la expedicion por territorios áridos y faltos de recursos. El servicio de raciones no mejoró, y reducidos los soldados á no comer ó á robar al paisanaje, se hizo imposible mantener la disciplina. En los dias que estacionó la expedicion en el barranco de la Hevera, las tropas se alimentaron con solo trigo cocido. Allí recibió don Carlos una diputacion de Cabrera invitándole á que pasase el Ebro, cuya operacion se comprometia á proteger, al mismo tiempo que ofrecia á su Rey abundantes recursos en cuanto pisase tierra de Aragon.

Lisonjeado don Carlos con estas ofertas, y habiendo sido tan desengañada la experiencia de su estancia en Cataluña, resolvióse á seguir el itinerario aconsejado por Cabrera, y como preliminar de un nuevo sistema que se propusiese seguir, se deshizo de una parte de sus acompañantes del órden civil, disponiendo la marcha á Francia de buen número de *ojalateros*. Al marqués de Villafraña lo nombró don Carlos su representante en Viena, é igual cargo recibieron cerca de la corte de Turin el marqués de Monasterio y de la de San Petersburgo el conde de Orgaz.

El poco lisonjero aspecto de la expedicion no entibiaba el celo del clero catalan en nombre del cual acudieron al real de don Carlos los obispos de Lérida y de Solsona, portadores de felicitaciones y de preces, toda vez que el cambio experimentado en las finanzas eclesiásticas no permitia aquellos suntuosos subsidios con que en la primera guerra civil y en el comienzo de la segunda, los cabildos de España engrosaban el erario de la reaccion.

En Solsona recibió don Carlos la segunda visita del baron de Milanges, de quien ya hemos hablado, oficioso portador de secretas negociaciones entre la corte de Nápoles, la de Madrid y la diplomacia personal de Luis Felipe. Reiteró el baron á don Carlos las probabilidades de una avenencia con la Reina gobernadora, avenencia cuyas probabilidades de éxito habia que ir á buscar acercándose á Madrid, en vez de vagar por las provincias afrontando combates de un éxito dudoso.

Arias Tejeiro contestó al baron, en nombre de don Carlos, ser el propósito de este marchar sobre la capital de España, propósito que si no se habia ya efectuado, debia ser atribuido á causas ajenas á la voluntad del príncipe, pero que esperaba este que pronto se realizaria, y que interin esto se verificaba podria el baron situarse en el punto del extranjero que mas le conviniese, desde el cual podria corresponder con el cuartel real al que podria tambien seguir si así lo estimaba conveniente.

El 20 de junio salió la expedicion de Suria en direccion á la ribera del Ebro y á los puntos designados por Cabrera. Los siguientes dias hasta el 28 en que don Carlos pernoctó en Margolit, su marcha continuó ofreciendo acrecentadas las

mismas penalidades y privaciones sufridas desde que la expedicion puso el pié en Cataluña. La falta de víveres, la miseria del país y los calores excesivos acabaron de romper los vínculos de la disciplina, haciéndose general el robo á los vecinos de los pueblos, no solo de los alimentos, sino del calzado, ropa y de cuantos objetos de inmediato uso podian apoderarse los hambrientos soldados.

CAPITULO IV

Continúa la expedicion de don Carlos

Paso del Ebro.—Don Ramon Cabrera.—Despues del paso del Ebro.—La batalla de Chiva.—Marcha de Espartero al Centro.—Expedicion de Zaratigui.—Primera venida de Espartero en auxilio de Madrid.—Movimientos de don Carlos y de Espartero.—Estado de Madrid á la aproximacion de don Carlos.—Retirada de don Carlos.—Su regreso á las provincias Vascongadas.

Cambió de repente la mísera condicion que habia acompañado al itinerario de la expedicion desde su paso del Cinca, en cuanto dió vistas á las márgenes del Ebro. Presentóse ante los aburridos peregrinantes, cansados de contemplar estériles y secos horizontes, una rica y frondosa vegetacion. Viñedos, huertos, caseríos, frondoso arbolado, pueblos cercanos unos de otros, trasportaban á los expedicionarios á una verdadera tierra de promision. La cordialidad con que eran recibidos por los habitantes guardaba pareja con la hospitalidad del clima, y á tal punto era expresivo el entusiasmo carlista en aquella comarca, que de los pueblos que se hallaban al alcance de las baterías liberales de Mora de Ebro y de Tortosa acudian los curas seguidos por los feligreses á felicitar y á vitorear á don Carlos.

El 29 hallábase la expedicion á la orilla izquierda del Ebro dando frente á Cherta, punto designado para el pase y trasbordo de los expedicionarios. Cabrera, que se veia comprometido á proteger el paso, desplegó una actividad, una energía y tanta prevision é inteligencia, que habrian bastado para adquirirle, si ya no lo tuviese ganado, el concepto de entendido hombre de guerra.

La operacion de franquear el Ebro era delicada, toda vez que Nogueras ocupaba á Mora y Borso á Tortosa. De la reunion de las fuerzas de estos dos jefes dependia el éxito de sus operaciones, mas como los separaba el rio, tenian que concertar sus movimientos y disponer de barcas en suficiente número para trasportar á los expedicionarios, pero estas mismas barcas tenian que venir de Tortosa donde no podian menos de ser detenidas las que intentase emplear Cabrera. La fecunda iniciativa de este no se paró ante tan serio obstáculo. Voló á la Rápita, requisó barcas y cábricas, las hizo desarmar y en carros trasportó el material que le era necesario. Asegurados los trasportes, restábase impedir que Nogueras se uniese á Borso, y fué tan excesiva la vigilancia de Cabrera que logró interceptar todas las comunicaciones que mediaron entre los dos jefes liberales, los que no recibiendo partes, no se movieron. Aunque Nogueras lo hubiese hecho, habria hallado interceptado su paso por las compañías de preferencia colocadas por Cabrera en el desfiladero de Armas del Rey, fuerza que puso al mando de Partegás, hombre de cuya lealtad y nervio estaba Cabrera tan seguro que no dudó de que á ejemplo de Leónidas en las Termópilas, Partegás se haria matar antes de consentir que Nogueras pasase.

En la expectativa de que el último haria su aparicion, ocupó Borso una línea de posiciones paralela á las de Cabrera y que le hacian dueño del camino que Nogueras debia traer. Colocó además reservas en puntos convenientes para no ser envuelto por Cabrera y permanecer en comunicacion expedita con Tortosa.

A la aproximacion de Borso movióse Cabrera acercándose á Cherta, cuidando de hacer trasladar rio arriba las lanchas, las almadías y los víveres. Desembarazado entonces de su impedimenta, se dirigió al pueblo de San Mateo, y colocándose en su ermita y dando frente á Borso descubria con la vista á los expedicionarios formados en la orilla opuesta esperando que Cabrera diese la señal de embarque.

Para proteger esta operacion empeñó el último un ataque contra Borso, é interin lo contenía, de lo que siempre está seguro el que se halla resuelto á vender cara su vida, la expedición iba trasladándose de una orilla á otra, con lo que se acrecentaba la fuerza de Cabrera, y no pareciendo Nogueras, vióse Borso comprometido y tuvo que replegarse sobre Tortosa, teniendo que resignarse á que, á su vista y sin poderlo estorbar, la expedición pasase el Ebro efectuando su union con las facciones del Maestrazgo.

Otra y tal vez mayor satisfaccion que la que legítimamente experimentase Cabrera en presencia del éxito de la importante operacion de la que con tanto lucimiento acababa de salir, debió ocasionarle la impresion que produjo en la abatida corte y habria hueste que seguía á don Carlos, la abundancia de víveres dispuesta por Cabrera en obsequio de los famélicos huéspedes que esperaba.

Para colmo de la buena suerte del estudiante tortosino, llegado á ser dominador del país, ocurrió que tres barcas que de Tortosa venian con víveres para Borso fueron primeramente capturadas por Cabrera y en seguida por él utilizadas para el embarque y desembarque de los expedicionarios.

Igual por lo menos á la satisfaccion del caudillo carlista debió ser la mortificacion que sintiese Borso, quien hizo cuanto de su parte estuvo para haber batido á Cabrera y obligado á don Carlos á retroceder á Cataluña, como es muy verosímil lo habria conseguido si hubiese acudido Nogueras, en vez de permanecer inmóvil en Mora, por la doble circunstancia de no haberle llegado las comunicaciones de Borso y por haber descuidado de hacerse dueño del desfiladero de Armas del Rey, cuya posesion dió á Cabrera la confianza de impedir la reunion de las columnas de la Reina.

Ebrío de gozo por el éxito de sus disposiciones, al ver que Borso iniciaba su movimiento de retirada, quiso Cabrera hacer ostentacion de superioridad picando la retaguardia de su adversario aun á costa del sacrificio de la vida de algunos valientes, mas todo creyó serlo permitido á su orgullo militar en aquel dia para él tan venturoso, y poniéndose á la cabeza de sus jinetes los condujo á la carga exclamando: *Muchachos, el Rey nos está mirando.*

Momentos despues dirigía al ministro de la Guerra la siguiente comunicacion:

Está franco el paso para S. M. y la expedición real.

No contento con esta lacónica misiva, dirigióse Cabrera á dar cuenta en persona á su Rey del fruto de una jornada para él de tanto enaltecimiento, y con la naturalidad y el *sans façon* que caracteriza á los hombres que tienen conciencia de su propio valer, presentóse sin séquito, sin uniforme, sin cruces, sin ningun distintivo de mando, ni otro acompañamiento que el de una multitud de pueblo, hombres, mujeres y chiquillos, que unos le precedían y otros le seguían prorumpiendo en entusiasmos vivas *al Rey y á don Ramon.*

«Confieso, dice Cabrera en sus memorias, que al verme en la playa de Tibenys en presencia de don Carlos me sentía envejecido y loco de contento.» «Señor, le dije, ofrezco á V. M. de nuevo mi lealtad, mis servicios y mi sangre. Cuando V. M. lo ordene puede pasar el Ebro: abiertas están las puertas de Valencia.» «Lo sé, Cabrera, vamos á embarcarnos; yo premiaré tu fidelidad y valor.»

Don Carlos llevó á Cabrera en el mismo bote en que pasó el río.

En el espacio de tres horas franqueó el Ebro toda la infantería de don Carlos; su caballería lo pasó á nado.

Ha ocupado Cabrera lugar tan señalado en la grandiosa contienda todavía pendiente entre la España de la tradicion y la España de la edad moderna, que perteneciendo ya doblemente al dominio de la historia por sus hechos y por haber desaparecido de entre los vivos, no cabe distraer su personalidad de la jurisdiccion de los que toman sobre sí la tarea de escribir los anales de nuestros dias.

Nunca cesaremos de repetir, y de ello ofrece testimonio cuanto llevamos publicado de cincuenta años á esta parte, que el punto de partida de nuestra resurreccion política de 1812 marcó un falso derrotero, en el concepto de que la idea enciclopédica bajo cuya inspiracion obraron nuestros liberales no

era bastante poderosa en España, donde no gozaba todavía suficiente ascendiente sobre los espíritus para luchar de frente con la organizacion esencialmente católica, que constituía á principios del siglo la vida civil como la social de los españoles.

El abandono por los constituyentes de Cádiz de los principios de la escuela de Jovellanos para seguir las huellas de los discípulos de la de 1789, determinó la peligrosa corriente por la que venimos caminando pronto hará tres cuartas partes de siglo. La democracia monacal de que se hallaba impregnado el genio y las costumbres de nuestro pueblo, no habria sido refractaria y antes al contrario, ni al ensanche de los fueros municipales ni á una autonomia provincial administrativa para la que nos hallábamos muy preparados. No la habrian resistido los eclesiásticos que mas tarde organizaron su guerra contra el liberalismo, como tampoco habrian rehusado el amplio ejercicio del derecho electoral, ni el de una libertad de imprenta que hubiese respetado el arca santa de la intolerancia religiosa que tanto trabajo nos cuesta sacudir; tres armas las que acabamos de enumerar que el clero habria ayudado á los reformadores á conquistar y que habrian bastado para haber logrado la periódica reunion de las Cortes y la votacion anual de los presupuestos.

Conquistas eran estas que á la vuelta de Fernando VII de su cautiverio de Valencia habria hallado establecidas junto con el gobierno representativo, planteado y sostenido por los elementos que luego lo combatieron. La lucha entre las ideas hubiera venido mas tarde, cuando el progreso de las costumbres públicas hubiese robustecido el principio liberal y adquirido este fuerzas para atraerse el apoyo de la opinion contra arraigados abusos.

Pero el *extranjerismo*, la innovacion radical que trajeron primero los hombres de 1812 y los de 1820 despues, hirieron en lo mas profundo las creencias, los hábitos, las preocupaciones del pueblo español, que en su mayoría era enemigo de la libertad en el último de dichos años, y únicamente ha comenzado á dejar de serlo cuando se le ha hecho entender (no discutiremos si con acierto y sinceridad) que para él tambien habria que ganar en los cambios efectuados y en los que prepara el porvenir.

Pero á la muerte de Fernando VII y al haber su viuda en un interés dinástico entregado el poder al partido liberal en época en la que las pasiones eran sobradamente vivas como excitadas por hondos resentimientos, la lid se vino encima sin que nadie pudiese evitarlo. La vieja sociedad se sentía morir y quiso defenderse. No esperó á ser atacada; ella dió la señal de la pelea, proclamando por su Rey á don Carlos y rechazando los derechos de la hija y sucesora del último rey.

Toda causa popular cuenta con reclutas, y si además posee alguna vitalidad dentro de sí misma, si refleja los sentimientos de las muchedumbres, jamás deja de producir representantes destinados, si es causa viable, á hacerla triunfar, como aconteció en la guerra de la independencia peninsular de 1808, y en la de emancipacion colonial que la siguió, y de no ser causa viable, los hombres de algun valer que ha podido producir acaban por transformarse y vienen á fundirse en las filas de los conservadores de quienes toman las partes sanas y aplicables á sus doctrinas y en cambio les traen la vitalidad y el espíritu progresivo que hizo posible que los convencionales de 1792 pudiesen sin contradiccion y sin desdoro prestar su apoyo á la monarquía constitucional.

Los guerrilleros de 1808, los facciosos de 1820, los agraviados de 1826, los carlistas de 1835 como los de 1873, todos ellos fueron ó la protesta de un organismo que conservaba bastante vitalidad para defenderse ó personalidades de intrínseco valer, destinadas á rendir á la sociedad el doble servicio de modificar las exageraciones de la iniciativa revolucionaria y de reducir á sus legítimas proporciones las exigencias de la tradicion histórica.

La personalidad de don Ramon Cabrera ofrece el tipo de la transformacion hija de la lucha de la idea con el interés, del derecho con el hecho, de lo que fué con lo que está destinado á ser.

El seminarista de Tortosa se levantó contra los procedi-

mientos revolucionarios, contra la negacion de la fe religiosa, contra la violacion y el menosprecio de arraigados hábitos; se levantó con toda la energía del que, herido en sus derechos y en su manera de ser, lanza el reto al que lo provoca; lucha cruel en la que la pasion solamente encuentra y responde á la fuerza con la revuelta y la astucia, al rigor con la crueldad, al agravio con la venganza.

Pero este mismo hombre, este implacable exterminador de liberales, este representante del mas exagerado absolutismo, Cabrera en fin, puesto por su emigracion en contacto con las clases cultas de la sociedad europea, comprende que su derecho, que su predileccion, sus gustos pueden ser satisfechos sin sofocar las inclinaciones de sus semejantes. Concibe que se puede ser católico sin mirar como criminal á los que no lo son y este hombre se casa con una señora protestante; conociendo que eran errados los procedimientos de su partido, quiere atraerlo á la práctica de las costumbres de la libertad.

Su tentativa cuesta á Cabrera romper con sus amigos políticos de toda la vida, pero al separarse de ellos inutilizó al partido carlista á la manera que Peel inutilizó á los toris, proponiendo la ley de cereales y haciendo prevalecer los principios de la libertad mercantil.

Cabrera acabando por mostrarse liberal y aceptando de la revolucion el reconocimiento de sus títulos y honores, debia privar al absolutismo de la figura mas conspicua surgida entre los adversarios de la libertad.

Fuera sin embargo errada la creencia de que de la conversion de Cabrera deba deducirse como consecuencia lógica que nada hay de viable en el principio conservador, genéricamente representado por el adalid del Maestrazgo. En este principio cabe al contrario cuanto hay de plausible y sensato en la doctrina liberal.

La dificultad que envuelve el problema por resolver, consiste en no oprimir en nombre de ninguna escuela, en no reprimir sino aquello que directamente perturba y perjudica á los que no ven las cosas del mismo modo. Dentro de la libertad caben todas las aplicaciones que no conducen á la opresion ó la intolerancia, y el ejemplo de Cabrera muriendo en la comunión de las generaciones de su siglo no será perdido ni para España ni para la historia.

Hemos rápidamente deducido el significado que arroja el estudio filosófico del personaje, apreciando hechos de su vida muy posteriores á la época en la que ocupó un lugar prominente durante la minoría de doña Isabel II.

Mas como en dicha época solo estuvo en juego el guerrillero, el partidario, el contendor de la causa con la que vino mas tarde á confundirse, creeríamos dejar incompleta la reseña histórica del hombre dejando de señalar los rasgos mas salientes de su carácter, trabajo que nos es facilitado por el conocimiento personal que de Cabrera hicimos en Inglaterra. No era atractiva á primera vista su persona. Habia en ella una dureza, un ceño imperativo que desaparecia con su trato fuertemente impregnado de la naturalidad y sencillez de las costumbres españolas de antaño. Vivo, impresionable, devorado por una actividad que hacia de su cuerpo un mecanismo que parecia movido por una corriente de azogue, la reflexion, cuando la pasion no lo excitaba, hacia señalada impresion en su mente.

Fecundo en recursos como hombre de guerra, poseyó tino y superioridad en materias de organizacion y de gobierno.

El régimen administrativo del bajo Aragon lo desempeñó benigno y justo; cuidó mucho de que sus oficiales y tropas respetasen la autoridad de los alcaldes. En sus preceptos de disciplina mostróse tan celoso en el interés de las poblaciones, que le obedecian sin repugnancia todas aquellas que no ocupaba á viva fuerza.

Los hábitos engendrados por la guerra sin cuartel que por largos años hizo, la justificacion que tuvieron las represalias á que se entregó en venganza del fusilamiento de su madre lo hicieron cruel.

Vertía la sangre humana sin miramiento y sin escrúpulo. El ardid y la sorpresa fueron sus medios de predileccion. No hizo nunca escrúpulo de faltar á su palabra si de ello podia resultar utilidad para sus designios.

Pero honrará siempre la memoria de Cabrera y de ello cumple dar testimonio al continuador de la presente historia, que era aquel hombre accesible á las grandes ideas de interés patrio. Cuando todavía gozaba de toda la confianza de su partido y de sus principes le fué propuesto por los liberales entrar en una combinacion que no era de partido, sino toda entera de grande interés para España, idea en la que convino Cabrera comprometiéndose á no tomar ningun compromiso político durante seis meses que fueron fijados como término para comprobar si el plan era hacadero.

Dió y pidió garantías de leal cumplimiento y se mantuvo fiel á lo pactado durante el plazo de compromiso. Rompióse este no por culpa de Cabrera sino por falta de cooperacion de otros de los elementos que entraban en la combinacion, y el pacto condicional quedó disuelto sin menoscabo para el patriotismo ni para la honra de ninguno de los contratantes.

Aunque por efecto de la incomunicacion en que se encontraron Borso y Nogueras á consecuencia de la interceptacion de los partes por el enemigo y de la ocupacion por Cabrera del desfiladero de Armas del Rey no pudieron aquellos oponerse al paso del río, no es satisfactoriamente explicable que distando solamente dos leguas y media Cherta de Tortosa, ni Borso ni Nogueras se moviesen interin don Carlos recibia en Cherta ruidosas felicitaciones de toda la comarca, cuyas campanas se echaron á vuelo en celebracion de la llegada del Pretendiente, pomposamente llevado bajo palio á la iglesia principal, donde se cantó el solemne *Te-Deum* de ordenanza y las tropas de Navarra, Cataluña y Aragon se entregaban gozosas al regalo de los buenos ranchos que Cabrera les tenia preparados.

Si desde aquel dia el generalato de la expedición se hubiese confiado al don Ramon, es verosímil que otras hubiesen sido las vicisitudes de aquella, sin que esta opinion implique que la causa del Pretendiente hubiese triunfado. Pero no es dudoso que si el favor de que en aquellos dias gozó Cabrera cerca de don Carlos no hubiese sido contrareestado por las rivalidades y envidias que su inquieta iniciativa excitaba entre los cortesanos, la larga peregrinacion de don Carlos por las provincias centrales no hubiese desconceptuado su causa hasta el extremo que llegó á estarlo, cuando regresó fugitivo al país vascongado.

Cabrera instó en Cherta por que no se difiriese la marcha sobre Madrid. No accedió por entonces á ello don Carlos ni sus cortesanos, y para contentarlo confirióse á Cabrera el mando superior de Aragon, Valencia y Murcia, retirado á Miralles, con quien se hallaba indispuerto el caudillo del Maestrazgo.

Despues de un descanso de dos dias en Cherta salió el dia 3 la expedición para San Mateo, donde se detuvo otros dos dias, y fué objeto de renovadas y mas ruidosas demostraciones de entusiasmo. Deseoso el Pretendiente de señalar el mejoramiento de su fortuna por la realizacion de algun hecho de importancia, tóvula á sus ojos el designio de apoderarse de una capital de provincia, y fijóse en Castellon de la Plana. Pero la aproximacion del ejército expedicionario, prevista por las autoridades y por el comandante general de la provincia don Antonio Buil, habia estimulado á la defensa, y hallábase la ciudad preparada á sostener un sitio formal.

El 6 intimó Cabrera la rendicion, que la plaza rechazó con tanta mayor resolucion de no darse á partido, cuanto que por la tarde habia recibido por mar el oportuno refuerzo del segundo batallon de Saboya enviado por Borso.

En el mismo dia acercóse el enemigo al recinto y comenzó á hostilizar á la ciudad, apoderándose de algunos edificios exteriores de los que fué desalojado por salidas de los movilizados y de la guarnicion.

Renovados los ataques en los dos siguientes dias, el vigor de la defensa superó al de los esfuerzos de los sitiadores, á los que se les privó, incendiándolos, del partido que hubiesen podido sacar del convento de Capuchinos, de la iglesia del Calvario y del fuerte de San Roque, que momentáneamente habian ocupado.

Calculando sin duda el estado mayor carlista que el tiempo que les costaria vencer la decision y resistencia de los defen-